

## Algunos datos para la Bio-Bibliografía de «El Capitán Bombarda»

Si es verdad que Fuertes Acevedo, en su *Bosquejo acerca del estado que alcanzó en todas épocas la Literatura en Asturias, seguido de una extensa bibliografía de los escritores asturianos* (Badajoz, 1885, aunque publicado un lustro antes en la *Revista de Asturias*), se olvidó de mencionar al escritor que nos ocupa; si la referencia de Constantino Suárez en su meritísima obra *Escritores y artistas asturianos* (Madrid-Oviedo, 1936-1959, 7 vols.), además de poco abundante en datos, es de búsqueda difícil por desconocimiento sin duda del segundo apellido —lo que distancia a Baldomero José Menéndez de su hermano Marcelino Menéndez Pintado—, es lo cierto que la diligencia de don José María Martínez Cachero reunió datos abundantes sobre este oscuro escritor en las págs. 15-17, 28 y 199-200 de su puntual monografía *Menéndez Pelayo y Asturias* (Oviedo, 1956).

Muy poco hemos de añadir a lo que allí se dice sobre el primogénito de los diez hijos que tuvo en su esposa, la ovetense doña Josefa Pintado y Fernández de la Llana, don Francisco Antonio Menéndez, tocayo y homónimo, por cierto, de su paisano el conocido miniaturista y escritor. Dícese en la citada monografía del señor Martínez Cachero que el primer fruto de ese matrimonio —bautizado con los nombres de Baldomero José— vio la luz en Castropol, el día 10 de febrero de 1815. El señor Cura Párroco de esa villa, don Manuel

Galán López, en carta de 12 del pasado marzo, me comunica amablemente que «en el libro de bautismos correspondiente al mes de febrero de 1815 no aparece la partida de don Baldomero José Menéndez Pintado». Esta información y el hecho de que su sobrino, que trató bastante a su tío, afirme, a los once años de la muerte de éste, que don Baldomero «era de Gijón» hacen dudar un tanto sobre el lugar de nacimiento. Nada he logrado en mis intentos de rastrear en los archivos parroquiales gijoneses.

Tampoco ha sido fructífera, hasta ahora, la búsqueda en el archivo del que fue Seminario de Vergara, en el que don Baldomero profesó la cátedra de Geografía e Historia. Mi docto colega, el doctor Mendiola Querejeta, que ha investigado con fruto la documentación de ese Centro, me informó en amable misiva de 25 de marzo pasado: «En el archivo de los PP. Dominicos de Vergara no hay datos de lo que fue Instituto de segunda enseñanza de Guipúzcoa a partir del año 1873; en esta fecha el claustro de profesores pasó a San Sebastián por la guerra civil, y toda la documentación del Instituto —aun la anterior a dicha fecha— fue entonces o más tarde, al radicar el Instituto en la capital, al nuevo Centro; en su archivo hay documentación desde el año 1835: libros de actas, memorias, etc. He revisado estas últimas, ya que en ellas suelen figurar los directores, catedráticos y profesores (cuadro número 21)... No aparece don Baldomero José.» Sin embargo no hay por qué dudar del paso de don Baldomero por la cátedra de Vergara.

Si no dilatada en el tiempo, como enseguida veremos, fue frecuente la relación entre don Baldomero y su sobrino, Marcelino Menéndez Pelayo. Nos son conocidas las gestiones que aquél hizo, cerca de su amigo don Benito Pérez Galdós, para la publicación del juvenil poema de su sobrino, el *Don Alonso de Aguilar* (BBMP, 1954, pág. 8).

Por otra parte, en las cartas de don Marcelino Menéndez Pintado a su primogénito (van del 18 de octubre de 1871 al

9 de noviembre de 1877 las que se conservan) es —desde que el estudiante de Facultad traslada su matrícula de Barcelona a Madrid— reiterado el encargo de que visite al tío, residente en la capital. Cuando va a ésta por vez primera el brillante escolar, encárgale su padre que telegrafíe a su hermano Baldomero (vivía entonces en la calle Hortaleza, 116-2.º) para que salga a recibirle a la estación (carta de 12-VI-1873). En otra de 23 de febrero del año siguiente, recuerda el padre al estudiante de aquel accidentadísimo curso último de Licenciatura: «No olvides que el viernes son los días del tío Baldomero; por consecuencia, no dejes de pasar por su casa a la hora que puedas.» Pensamos que cumpliría este encargo el estudiante, a pesar de lo atareado que andaba con el Griego de Bardón, el Latín de Camus, la Historia de España de Castelar y, sobre todo, con la Metafísica de Salmerón. Si fue a la casa del tío aquel viernes, 27 de febrero, festividad de San Baldomero, aprovechó la última ocasión posible de felicitar a su bondadoso deudo en su onomástica. Porque murió don Baldomero antes de lo que conjetura Martínez Cachero (op. cit., pág. 17). En una carta de don Marcelino a su hijo (3-X-1874), leemos: «Según carta que recibí de Heliodoro [hijo de don Baldomero] éste y Enriqueta están en la casa en que vivía el pobre Baldomero (q. c. p. d.); no dejes de verlos en cuando recibas esta carta, y dile a Heliodoro que mañana le escribiré.»

Ya muerto don Baldomero, su nombre sirve todavía al sobrino para presentarse a personajes con los que tuvo amistad el finado. Así, al enviar Laverde a su brillante discípulo una carta de presentación para don Ramón de Campoamor (vivía el autor de las *Doloras* en la Plaza del Congreso, 8-2.º, y era buena hora para encontrarle en casa «las ocho de la noche de los días impares de la semana»), con data de Valladolid, 17 de noviembre de 1874, la hace en estos términos: «...La presente sirva de credencial para presentar a V. a mi querido amigo Marcelino Menéndez, sobrino del *Capitán Bombarda*, y joven que, aún no cumplidos los dieciocho años, ya

podiera ser académico y de los mejores. Espero que V. le dispense su amistad, más por lo que él vale que por ser persona de mi cariño.» A juzgar por el tono de la carta que Menéndez Pelayo escribe, el 24 de noviembre, a don Gumersindo, dándole cuenta de que entregó los escritos de crítica filosófica de Caminero a don Ramón de Campoamor, la entrevista con éste debió de ser del todo intrascendente.

Y para terminar esta nota en torno al explicablemente olvidado escritor asturiano, quiero dejar aquí constancia de cómo le recordó y, hasta cierto punto, le supervaloró su ilustre sobrino. En efecto, en una carta de éste a Laverde Ruiz (27-VII-1885), leemos: «He recibido la *Bibliografía asturiana* de Fuertes. Por cierto, que encuentro omitido en ella a mi tío Baldomero, a pesar de haber publicado bastantes obras. Era de Gijón.» Siempre nos ha sorprendido la frialdad de relaciones entre don Máximo Fuertes y su extraordinario discípulo en el Instituto santanderino. Como es sabido, Fuertes —nacido veinticuatro años antes que Menéndez Pelayo y graduado en la Facultad de Ciencias de Madrid el día mismo en que vino al mundo en Santander el que había de ser su más esclarecido alumno (3-XI-1856)— sirvió la cátedra de Física y Química en el Instituto santanderino desde 1865 (un año antes de ingresar en el Centro Menéndez Pelayo) hasta 1878 (en que ganó don Marcelino la cátedra de la Universidad de Madrid). A pesar de ser Fuertes y el padre de Menéndez Pelayo paisanos y compañeros, no encontramos alusiones de éste en el tono afectuoso que no regateaba cuando se refería a los que fueron sus maestros. Sólo tres obras de Fuertes tuvo entre sus libros don Marcelino: las *Noticias históricas de la prensa periódica de Asturias* (Oviedo, 1868); *Bosquejo acerca del estado que alcanzó en todas épocas la Literatura en Asturias...* (Badajoz, 1885) y *Vida y escritos del marqués de Santa Cruz de Marcenado...* (Madrid, 1886). Solamente una de estas obras —la última de las enumeradas— lleva dedicatoria, y un tanto lacónica y formularia por cierto: «Al señor don Marcelino Menéndez Pelayo, su antiguo maestro, admi-

rador y amigo, Máximo Fuertes». Por otra parte, las tres únicas cartas de Fuertes Acevedo a don Marcelino —ya extractadas en la citada obra de Martínez Cachero, páginas, 199-200— son también frías y titubeantes en el tratamiento.

Otra prueba de la devoción de don Marcelino por su tío es la siguiente nota autógrafa que se conserva entre los papeles del sabio: «Obras de mi tío Baldomero. *Un viaje redondo*, colección de cuentos marítimos por el capitán Bombarda. Tomo I *El Pirata Mustafá. De cada mil, uno. El Corsario del Uruguay*, 1867. Todos estos cuentos se suponen referidos por el Zorro Marino. Largo e interesante prólogo, en que el autor recuerda sus antiguos cuadernos de bitácora. Al *Pirata Mustafá* le cambió luego el título, llamándole *La serpiente*, novela marítima, aparejada de cuento. *A cada mil, uno*, se da como continuación del *Mustafá*. (Debieron de publicarse ambos en *El Museo Universal*.) Paisaje de Gijón y sus alrededores. Viaje a La Habana. Escenas de emigración de indianos. La tercera novela cambió también de título, para llamarse *Ceferino Cotarelo. La Novia del Sargento*, zarzuela en un acto y en verso. Luego la convirtió en comedia. Son escenas cómico-soldadescas. *El Vivac*, zarzuela (íd. íd.).»

La queja del olvido de Fuertes y esta nota transcrita prueban el cariño con que don Marcelino recordaba a su tío. Postura bien diferente a la del hermano Enrique, que escribía, en 21 de abril de 1901, que, repasando la revista *El Laberinto*, se encontró con «una novela del tío Baldomero, a la cual no seré yo quien meta el diente». Refiérese, sin duda, a *Unas hojas marchitas* —título que nos releva de cualquier comentario sobre el carácter de la novelita— inserta en los números 19 y 20 del tomo I, 1844, de la citada revista.

Lo único que podría prestar alguna importancia a esta nota es lo que refleja de la estimativa de Menéndez Pelayo por la obra de este escritor asturiano. Pero no nos engañemos. El gran crítico literario no es en este caso el de las páginas admirables que prologan la *Antología de poetas líricos*, ni el

de *Orígenes de la novela* y de tantas y tantas más obras, sino el mismo que aseguraba que una obra del «chico de Benavente», que había visto representar, estaba bastante bien, aunque no admitía comparación con las de su hermano Enrique. Cuando se ocupa un puesto tan alto, estos «deslices» tienen un encanto indiscutible.

IGNACIO AGUILERA